

no de aquello que, con solas apariencias de bondad, gana crédito y opinión con los hombres), para que, como digo, no se alce con el oficio, y engañándose vanamente, se persuada que el grado en que está, y el mando que tiene, se hizo para su honra, y autoridad, y descanso, y riquezas, y deleites, y para que descuidándose él, todos los demás se desvelen en servir á su gusto: pues para que el Prelado gobierne conforme á Dios y no se levante contra Dios, es menester que su primero y principal fundamento sea traer siempre á Dios, con un amor particular y extremado, enclavado en el corazón y puesto delante de los ojos. Mandaba Dios en la ley vieja al gran Sacerdote (Exod., cap. xxxviii, v. 38) que trajese puesta sobre la frente una plancha de oro precioso de la caridad, que perpétua y continuamente, donde quiera que mirase, á todas las partes do se volviese, en todo aquello que hiciese tocante á su oficio, le ponga delante los ojos, por blanco que mire el nombre, el honor y el servicio de Dios. Sal, pues, han de ser los Prelados; que no les basta ser sabrosos, si no fueren la misma sal y sabor; no amorosos solamente, sino un fuego eterno y poderoso de caridad, que pegue su encendimiento y ardor en las voluntades desunidas de sus súbditos, y consumiendo su frialdad y tibieza de ellas, las avive y encienda. Y conforme á su condición de este fuego, que es, como dice el gran Dionisio, convertir lo inferior al deseo de lo superior, prendiendo su llama en ellas, levante sus deseos y las arrebatte todas á Dios.

*Sois sal de la tierra.* Mas la sal no hace manjar de lo que no es manjar; sino en aquellas cosas, que de suyo son para mantenimiento y sustentación de los hombres, pone debido gusto y sabor. El oficio de Prelado y de Predicador de la palabra y doctrina de Dios, no es poneros apetito, ni que deseéis lo que es aborrecible, sino que eso mismo que deseáis, la honra, la vida, y las riquezas, y el deleite, que por no tener modo en ello, ni saber en qué consiste, os acarrea mil daños y mil disgustos; apeteciéndolo templada y debidamente, os sea saludable y sabroso. *El que ha sed,* dice Cristo (Joan., c. vii, v. 37), *venga á mí.* No dice, no tenga sed, sino venga á mí, que yo solo puedo satisfacer á este deseo. Y en otra parte dice (Matth., cap. vi, v. 20): *Atesorad vuestros tesoros* y riquezas, deseádlas en buena hora, que natural es ese deseo, y loable; pero hay engaño en esto, y es posible, que pensando adquirir riquezas, os quedéis con carbones. Las riquezas que os pide ese vuestro deseo, son las del cielo verdaderas. Todos los hombres, así los buenos como los malos, deseamos una misma cosa, honra, abundancia, deleites, vida, contentamiento, porque este solo es el propio manjar y mantenimiento de nuestra alma; pero la diferencia está en esto, que los malos por

buscar la honra, pónenla en los vanos pundonores del mundo; el deleite, en la ejecución de sus torpezas y desordenados deseos; las riquezas y abundancia en cosas, que al mejor tiempo os desamparan. Por eso es pobre su riqueza, su honra afrentosa, triste su alegría, y su deleite amargo y doloroso. ¡Oh si entendiésemos bien, y siquiera solamente esto, el poco gusto, ó por mejor decir, el mal gusto, el gran sinsabor y descontento que sienten los malos, aun cuando consiguen aquello que más desean y apetecen!

Visto habréis unos hombres cercados de seda, y más cercados de vicios, que beben en oro, y duermen en pluma, para quien al parecer se hizo el mundo, el placer, la buena vida. Pues entrad en el secreto que encubren, y no les habréis envidia: veréis el verdugo de la conciencia, que con el azote sangriento hace carne de su alma. Veréis un descontento, un disgusto secreto metido en los tuétanos, en que ellos mismos no se entienden, ni se pueden sufrir á sí mismos; el cual disgusto es tan grande é insufrible, que les torna la cama dura, la mesa amarga, el día triste y la noche espantosa. *Caminado* *habemos,* dicen ellos mismos de sí en el libro de la Sabiduría (Sap., cap. v, v. 7), *unos caminos ásperos y pedregosos; cansádonos habemos por el sendero de la maldad.* Y con razón, porque todas las asperezas son fáciles, comparadas con el trabajo y dolor que siente uno, cuando habiendo puesto todo su cuidado en alcanzar una cosa, y á fin de conseguirla, se halla burlado, por ser muy otra de lo que esperaba al principio. El deseo de lo que el mundo llama honra, la ambición, ¿qué cosa tan afrentosa es? ¿A qué bajezas y vilezas, á qué fealdades de niñerías y cumplimientos se obliga el que es goloso de este manjar? Como se ve cada día en los que pretenden escuelas. Pues las riquezas, que seguís por riquezas, venidas al fin, ¿cuán al revés son de su nombre? y ¿cuán al revés de lo que se blasonan? y ¿cuán poco proveen y enriquecen al que las tiene? Las necesidades del hombre duran cuanto dura el alma del hombre, que es perpétuamente; y estas faltan al mejor tiempo. Las necesidades del hombre, las mayores y más principales, son las que tocan al alma; y estas proveen á sólo las del cuerpo. Pues una riqueza avarienta, ¿qué cosa tan pobre es? ¿qué laceria en el adquirir? ¿qué escasez en el poseer? ¿Qué manjar es tan caro de hallar, tan amargoso de comer, y que después de comido se asienta en el estómago, y le opila, atesorar en el arca sin dar sustentación ni mantenimiento al cuerpo? ¿Qué diré de los deleites que el vicio llama deleites? Dicho está, y la experiencia, mejor que otro ninguno, lo enseña á los mismos viciosos, lo poco que tienen de deleites, y lo mucho que tienen de amargura y dolor. Así que siendo unos los apetitos de todos, así de los buenos como de los ma-

los, y siendo el mismo su manjar, por cuanto la destemplanza viciosa y la ceguedad de nuestro apetito nos convierte á las veces el manjar en ponzoña, por tanto el oficio de la sal, del mayor, y del que dispensa la palabra de Dios y de su virtud, es, y ha de ser, con su vida, y con su buena industria y aviso, y con la fuerza de la verdad, poner tasa y límites á nuestros deseos; para que inclinándose á estos bienes cuanto deben y es menester, nos sean apacibles y sabrosos, saludables y verdaderos bienes.

Mas la sal escuece y da dolor en lo que está llagado. El Prelado y el Predicador no ha de templar su doctrina, ni la verdad al gusto y sabor de los hombres viciosos, por más que les duela y se enojen. Gran calamidad es la de nuestros tiempos, y gran pronóstico de algún grande mal que se nos apareja, que ni los Predicadores osan decir verdad, ni los oyentes la sufren oír. Muy enconada y muy perdida está la llaga, que por ninguna via puede sufrir la mano y beneficio del cirujano. Profetizado está por el Apóstol San Pablo (II. Timoth., c. iv, v. 3), que cuando el mundo se acercare á su perdición y á su fin, los hombres enfermarán así de los oídos, que no podrán oír cosa saludable, sino sólo lo apacible y deleitoso. Pero por más que os duela y os escueza, no se excusa la sal; ni si es sal, deja de hacer su oficio, de penetrar en vuestras almas y corazones hasta lo último de ellos; y trayendo á luz la fealdad y desvergüenza de vuestras obras, ponéros las delante de los ojos, para que os afrentéis vosotros mismos y hayáis vergüenza. *La palabra de Dios*, dice San Pablo (Ad Hebr., c. iv, v. 12), *es viva, y eficaz, y más penetrable que cuchillo de dos filos, y que divide*, si es menester; y corta por medio, *el alma del espíritu*. Y si esta es la naturaleza de la palabra de Dios, el Predicador por cuya boca se comunica, contra su oficio hace si se le embotan los filos. Al Profeta Isaiás, cuando Dios le envió á predicar (Isai., cap. vi, v. 6), le tocaron la lengua con un carbón encendido: porque la lengua del buen Predicador ha de ser un fuego abrasante, que queme y abrase todo lo que fuere paja y heno de vicio. San Pablo, debajo de grandes encarecimientos, manda á su discípulo Timoteo, diciendo (II. Timoth., cap. iv, v. 2): *Riñe y reprende con instancia*; di siempre la verdad, y su palabra con sazón y sin ella. Todas las cosas buenas tienen su tiempo, y sacadas de él no son buenas. Mas dice San Pablo, que el decir la verdad se haga á tiempo y sin él, para mostrar que nunca viene fuera de tiempo ni sazón el decirla, y que para ella todo tiempo es oportuno y sazonado; porque cuando al gusto de los oyentes parece más importuna y más sin tiempo, entonces es su propio tiempo. No es de buen médico ó cirujano no atreverse á tratar y cortar en la llaga del enfermo, y hacerle medicina, sino cuan-

do el que padece lo consiente y pide. Cuando os pareciere, y cuando no os pareciere, que os plegue, que os pese, el que es Predicador de verdad ha de poner con ella remedio á vuestros males: y si os pareciere que en esto es importuno, si juzgáis que se descomide en ello y se desvergüenza, no juzgáis bien; porque quien se desmanda no es él, mas vuestras costumbres desmandadas y desordenadas, vuestra vida desvergüenzadamente viciosa, que no sufre tratarse de ella con comedimiento ni vergüenza.

Muy ciegos están los hombres, si piensan que en nuestros tiempos está ménos perdido el estado y gente eclesiástica, ménos tocada de avaricia, de ambición, de hipocresía, de envidias y pasiones mortales, que estuvo en tiempo de Jesucristo la Sinagoga de los Sacerdotes y Fariseos. Y mayor ceguedad y delicadeza de condición es querer, siendo tales como aquellos, ser tratados más blandamente ó con otras palabras de lo que fueron aquellos. *Genimina viperarum* (Matth., capítulo xxiii): casta de víboras y viboreznos, que reventando por los hijares de la envidia con lengua cruel y ponzoñosa, encoñáis y traéis á muerte la fama, la honra, la vida y el alma de vuestros prójimos. *Monumenta dealbata*: sepulturas labradas por de fuera, que debajo de las pinturas muertas de religión, encubris una abominación y pestilencia de vicios y hediondez. *Lupi in vestimentis ovium*: lobos hambrientos, disfrazados en ovejas, que en lo secreto de vuestra vida desolláis y destruis el rebaño de Dios, su regalo, su honra, la bondad y sencillez de la verdadera virtud; y en lo de fuera de vuestros hábitos y cogullas, os mostráis ovejas. Es sal de la tierra el Predicador: queme y abrase todo lo que es tierra.

Síguese: *Sois luz del mundo*. Primero dijo sal, y después luz. Primero ha de tener vida y obras de caridad y de sal el Predicador y Prelado, y después ha de ser luz de enseñanza y doctrina. Dice Isaiás (Isai., cap. xl, v. 9): *Ascende in montem excelsum, tu, qui evangelizas Sion*. El que tiene por oficio, predicando, darnos buena nueva de nuestro remedio y aficionarnos á los bienes del cielo, súbase primero sobre un alto monte: esto es, sobrepuje á todos tanto en el buen vivir, cuanto se aventaja en el bien decir. Cuando Dios bajó en el monte de Siná á dar su ley á Moysén, como se lee en el Exodo (Exod., cap. xvi), el monte, primero con la presencia del fuego, comenzó á encenderse y á despedir humo, y tras esto oyóse una voz de una trompeta, que iba creciendo sensiblemente. El Prelado y el Predicador evangélico, en quien y por quien Dios enseña la verdad de su ley, lo primero ha de encenderse por virtud de vida, en el fuego de amor de Dios que aun se descubre por las muestras de fuera. Hecho esto, suene y crezca en buena hora la voz de la trompeta, enseñe, amo-

eneste, mande, riña, castigue, dé voces y gritos, porque entonces será oída su voz, tendrá virtud su doctrina, parecerán justos y comedidos sus mandamientos, y sin esto, no lo serán. Vemos allá en el Exodo (Exod., cap. iv), que la vara de Moysén, mientras la tenía Moysén en las manos, era vara, y soltándola él de las manos, se tornaba culebra. Mientras pone las manos y ejecuta por las obras lo que manda y enseña, su mandamiento es vara de rectitud y de justicia que tiene fuerza y vigor; mas si lo deja él de las manos, y mandando él una cosa, hace al revés, tórnase en culebra torcida, que lla-ga y emponzoña las conciencias de sus súbditos. Mandaba Dios en la ley vieja (Exod., cap. x, v. 14), que del animal sacrificado se diese al Sacerdote el pecho, y brazo, y hombro derecho; porque del Sacerdote y del Prelado ha de ser lo uno y lo otro, el pecho sabio, y el brazo de la obra derecho y poderoso. Dos veces se lee en el Evangelio (1) de Cristo nuestro Redentor, que con pocos panes mantuvo muchos millares de gentes, y ambas á dos veces se lee, cómo antes que los diese, los tomó, y bendijo, y repartió en sus manos. Para que la doctrina y enseñanza del Predicador ó Prelado, que es pan del alma, aproveche de mantenimiento y hartura á los suyos, tómela en las manos primero, pártala con ellas, ponga en ella su trabajo, ejecutándola por la obra. De manera que entonces serán los mayores verdadera luz, cuando juntamente fueren sal.

Pues dice: *Sois luz del mundo*. David, en el Salmo (Ps. cm, v. 21 y sig.), nos declara una propiedad particular de las tinieblas y de la luz, que da mucha luz á nuestro propósito. *Posuisti tenebras, et facta est nox: in ipsa pertransibunt omnes bestiae sylvarum*, etc. Dice, puesto el sol y venidas las tinieblas de la noche, salen de sus cuevas y discurren por el campo libremente todos los fieros animales; allí se oyen los bramidos de los leones, que buscan y piden bramando á Dios su mantenimiento. Pero sale el sol, y recógense á sus moradas, y dan lugar que el hombre salga á entender en su oficio. Las tinieblas, dice son para soltura y libertad de los brutos, mas la luz los encarcela y asienta, porque es hecha para el ejercicio del hombre. Entended que no todos los hombres son hombres; cada cual es conforme á la afición y oficio que tiene y se emplea: unos son leones soberbios y corajudos, otros son lobos crueles y sedientos de la sangre, otros emponzoñados como víboras, otros basiliscos que matan con la vista; y conforme á esto, otros son los más feos y más torpes animales. Estos andan, y salen, y viven con la noche. Sólo es hombre

(1) Matth., cap. xiv, v. 19; cap. xv, v. 36.— Marc., cap. vi, v. 41.

el que se precia de ser hombre, viviendo conforme á la ley de razón, que es propio oficio de hombre. Pues son los Prelados y Predicadores luz, para que desterrando con los rayos de la verdad las tinieblas del mundo, y poniendo en huida la bruteza de los vicios, saquen á plaza y desarrinconen, den campo y libertad en que se descubra y ejercite la virtud, viva el hombre como hombre, reine y mande la razón y la justicia. Que es claro y largo argumento de la poca luz de verdad que hay en nuestros tiempos, y grande argumento de que la luz se ha ya anublado y vuelto en tinieblas de oscura noche. La falta de la luz despierta á los animales brutos, y los saca de sus cuevas. Culpa es de los Predicadores, y mayores, que habiendo de dar luz, no dan luz, que cercado el mundo de tinieblas de error, la fiereza y bestialidad de los vicios ande el día de hoy tan suelta, tan libre, tan descubierta, tan fuera de sus casillás, tan absoluta y tan pujante, que todo cuanto vemos y oímos en el trato y conversación de los hombres, no sean sino silbos y bramidos, desatinos y figuras disformes de vicios bestiales; sin que parezca rastro, ni ose dar paso, ni descubrirse de su rincón la razón del hombre, ni la virtud. A falta de esta luz, corre, vuela libre y muy desvergonzadamente el león soberbio de la venganza, ansimismo el lobo de la avaricia insaciable, el raposo lleno de astucia y de engaño, la deshonestidad y torpeza puerca y sucia, envuelta con el cieno de su hediondez. A falta de esta luz, entre tantos hombres no hay hombre que lo sea: todos de mancomún desatinaron del buen camino; vueltos son todos inútiles y sin provecho; no hay quien haga bien, ni aun sólo uno (Ps. xiii). De suerte que sois luz del mundo, porque habéis de desterrar los vicios del mundo.

Demás de esto la luz no alumbrá, ni da luz á las tinieblas, sino destiéralas y destrúyelas. ¡Ay del Predicador, y del Maestro, que se desvela en buscar razones sofisticas, para dar color, y lustre de verdad á la noche de vuestros errores, que abona y justifica vuestros malos deseos! ¡Ay, dice el Profeta (Is. c. 5, v. 20), *de los que dicen mal del bien, y bien del mal, que mudan las tinieblas en luz, y la luz en tinieblas!* ¡Ay del Teólogo, que para dar color á la escasez que tienen los hombres ricos en dar limosna, los disculpa con los gastos excesivos. que hacen, que á la verdad es lo que más les condena. Lo uno, porque son escasos en lo que pide la razón, siendo desperdiçados en todos sus antojos y vicios: lo otro, porque pecan dos veces, ó dos pecados; lo uno, en gastar mal, y lo otro, en empobrecerse para hacer bien. No son luz de verdad los Predicadores y enseñadores semejantes, sino unas tinieblas ingeniosas de perdición y de error. Mas la luz es el medio por dónde es hallado lo que se busca. La palabra de la

verdad, y doctrina del cielo, que tiene su asiento en el Predicador y Prelado, sola ella es la guía, que habemos de seguir en todas nuestras obras y caminos, para acertar en ellos. *Candela*, dice David (Ps. cxviii, v. 105.), *delante de los pies míos la tu palabra, y luz por todos mis senderos*. Pensar el hombre poder acertar sin esta lumbré, confiar en su seso y su industria, y buenas ó malas mañas, para valerse y persuadirse, que él mismo por sí mismo podrá dar buen suceso, y firmeza en sus cosas, gran locura y gran vanidad es, dice el Salmo (Ps. cxxvi, v. 3.): *Vano es á vosotros levantaros ántes que amanezca*. Gran ceguedad pensar el hombre levantarse antes que esta luz se levante, como se ve por mil ejemplos pasados y presentes. Sin la luz de esta lumbré se levantaron todos los antiguos Filósofos, y por eso fué en vano, y sin fruto su trabajo; pues sin ella, no pudieron hallar la lumbré de la bienaventuranza. Sin esta luz piensan hallar el cumplimiento de su deseo, los que se fundan en las riquezas, en el favor y gracia de los Príncipes y Señores; y al fin como gente que va sin luz, hállanse perdidos y burlados.

Item son luz los Prelados, y varones apostólicos: porque así como la luz no hace de su color las cosas que alumbrá, porque ella de suyo no tiene ningún color, mas solamente descubre, y da vida al color, que cada una cosa tiene de su cosecha; así el Prelado no ha de medir, ni juzgar por su gusto, y condición particular las condiciones, y vidas de los otros: y si él de suyo es triste, no ha de querer, que los demás sean mohinos y melancólicos; y si tiene fuerzas y salud, no han de ser así los flacos y enfermos. O por mejor decir, ha de ser esta luz de razón en el Prelado tan pura, tan limpia, tan sin mezcla de particularidad alguna, y de afición que la inficione, que trate, y se haya con todos sus súbditos, conforme á la condición y calidad de cada uno de ellos: flaco con los flacos, triste con los tristes, humilde con los menores y con los simples; todo hecho al color de todos. Porque sois luz del mundo, del mundo, digo, y no vuestra; no hecha para vuestro provecho, ni para ilustrar, ni esclarecer vuestras personas con honra, sino para el bien y aprovechamiento de todos. Y esto es ser sal, y ser luz.

Resta lo postrero, en que está el remate y perfección del Prelado, que es, *ciudad puesta en alto*. La ciudad toda ella, y lo que está en ella, digo, lo que hay en ella, las cercas, calles y plazas, las casas, oficios y oficiales, todo es hecho para bien, y servicio de los ciudadanos. Todo lo que hay en el verdadero Príncipe y Prelado, su vida, sus palabras todas, y sus obras y pensamientos, hasta los menores ademanes, y meneos, ha de ser para el bien, y aprovechamiento de sus

súbditos. No se sufre en el Prelado una obra ménos buena, por pequeña que sea, una palabra no tan concertada, una risa más desenvuelta, un pensamiento, que no se ordene al bien de los que gobierna. Ha de ser el Prelado ciudad, y ciudad, cual es aquella, que San Juan pinta en el Apocalipsis (Apoc. cap. xxi y xxii.), cuyos muros, dice, eran de fino oro, los cimientos y puertas de ella de diamantes, esmeraldas y otras piedras preciosas; y en medio de ella estaba un árbol, que llevaba fruta por todos los doce meses del año; y aquella fruta era para la salud de las gentes. El Prelado, que es ciudad, todo él ha de estar cercado de oro de precio, y de valor, sin que haya en él cosa alguna, que no sea de grande estima y de grandes quilates; y en medio de él, esto es, en su juicio, todo su corazón y cuidado ha de ser un árbol de vida, un favor, un socorro, una salud general en todas las necesidades, de cualquier género que sean, de sus súbditos; que en ningún tiempo ni sazón, ni en invierno ni en verano, jamás desfallezca, ni en el tiempo áspero de la tribulación, ni en el apacible y suave cuando vela, ni cuando duerme, en todo tiempo y sazón.

Mandaba Dios en la ley vieja (Exod. cap. xxviii.) al gran Sacerdote, que cubriese los hombros con una vestidura á manera de muceta, tejida de cuatro diferencias de tela: que como declara San Jerónimo, y es común sentencia de los hebreos, cada una de aquellas telas por su particular propiedad demostraba uno de los cuatro elementos; y sobre cada hombro iba engastada una cierta piedra preciosa, que según los mismos, ambas á dos significaban los dos hemisferios y mitades del mundo. Demás de esto sobre el pecho estaban otras doce piedras preciosas, unas de otras diferentes, y puestas por una cierta orden; las cuales en el número de ser doce, mostraban los doce signos del zodiaco, y los doce meses del año: y los nombres que en cada una de ellas estaban esculpidos, que eran las doce tribus de Israel, representaban todo el pueblo judaico, y en él toda la universidad de las gentes. De manera que el sumo sacerdote tomado así con sus arreos y vestiduras, era representación del mundo entero. En tanto es verdad, que el Príncipe y el Prelado, ha de ser ciudad, que ha de ser aun más que ciudad; ha de ser un otro mundo, ha de llevar y sostener sobre sus hombros, como un Atlante, el cielo y la tierra con los demás elementos, soportando sobre sí toda la diversidad y muchedumbre de condiciones, ingenios é inclinaciones de los suyos, que nace de la mezcla de estos cuatro elementos. Halos de tener y traer á todos delante, y dentro de su pecho, amándolos y preciándolos, y mirando por ellos más que si fueran piedras preciosas. Ha de poseer y buscar para su provisión y abundancia de ellos, todo

lo que se encierra en el cielo, en la tierra, en la mar. Finalmente ha de ser un mundo, que ni fuera de él puedan vivir sus súbditos, ni dentro de él tengan necesidad, ó falta de alguna cosa. Y como el ánima sentada en el cuerpo, y penetrando por todo él, y estando toda presente en todas sus partes juntamente, y en un mismo tiempo en cada una de ellas, conforme á su cualidad y menester, hace obras diferentes; en una parte cuece el manjar, en otra lo convierte en sangre, en unas gusta, y en otras conoce, y entiende: así el Prelado abrazado y engerido por toda la diversidad de sus súbditos, que componen su cuerpo, proveyendo á cada parte de ellos, y á todos ellos con increíble fuerza de virtud y discreción, les ha de infundir vida, vigor, aliento, fuerza, movimiento, amparo y sentido, á todos juntamente, y cada uno en particular: lo cual haciendo, como este glorioso Santo, nos dará aquí su gracia y allá su gloria. *Ad quam nos perducatur.*




---

## FRAGMENTO

### DE UN SERMON DE KALENDA.

---

..... Todo el fuego que rodea los tres elementos inferiores. El que crió este mundo, y puso en el centro de la tierra el eterno fuego, y quiso que fuese..... de la creación, y espanto de malos; con mayor facilidad que muda el hombre la mano del reloj de una línea á otra, pudiera pasar el sol de Etiopía á aquella región, y el sol del trópico de Capricornio al de Cáncer, pues detuvo el sol en tiempo de Josué (Josué, cap. x, v. 12). El que da los Aranjueces y Pardos á los Príncipes de la tierra, bien pudiera criar allí un vergel hermoso, y templar el calor del cielo con la frescura de los árboles, y dar posesión al verano en el rigor del invierno frío. Pero este frío escogió, y es misterioso, y quiere hacer con él avivar la caridad de nuestro corazón, y que haya una secreta antiperístasis, y cuan frío el tiempo, tanto se encienda nuestro amor para con él; como en los pozos profundos está más caliente el agua, cuanto es de fuera mayor el hielo.

Y si topase alguno caminando, un infante recién nacido, y le topase junto á unas tapias heladito y temblando, si no tuviese las entrañas de diamante, le procuraría alzar, y se movería á le socorrer y aliviar en su necesidad extrema (una loba sangrienta, dicen, crió á Rómulo y Remo) y si este caminante viese una hermosísima y honestísima señora con un infante recién nacido en los brazos, de noche al hielo, en una venta derribada, sin cama, sin regalo alguno, y ella le certificase ser de sangre real, y que el infante es hijo de un Rey poderoso, y que tiene de heredar, aunque pese á sus enemigos; si no le hubiese parido peñasco alguno, y dádole leche los tigres, se ablandaría y les procuraría servir, y dar regalo, si pudiese. Y si dijese algún ingenio, que no es caso posible moralmente, sino pura consideración metafísica, y que también es desigual, y no alcanza; tanto mejor, que sean las mercedes de mi Dios tan singulares y tan sin comparación y ejemplo. Pues si nos moviera un niño de esos comunes, un embrioncillo mal formado, helado con el frío de la noche; ¿cuánto más nos debe enternecer un infante más bello que el sol? Si nos moviera un principillo, que hubiera de he-